



Rimini, 6 de abril de 2023

Saludo de Davide Proserpi al comienzo del Triduo pascual de GS

¡Hola amigos! Es curioso usar esta palabra –amigos– cuando hay tantos años de vida y tantas experiencias vividas que nos separan. Podrías ser mis hijos, de hecho entre vosotros están dos de mis hijas. Sin embargo, podemos decirlo, es justo decirlo. Y en estos días descubriréis por qué. Vuestros amigos mayores, que os guían en el gesto del Triduo pascual, me han pedido que viniera a saludaros. Lo hago con mucho gusto. Es más, he pensado vivir este gesto junto a vosotros. No es algo habitual para mí, pero este es un año especial. La pandemia del Covid os ha impedido durante muchos años reuniros aquí todos juntos y ahora lo retomamos para no perder la memoria.

Me doy cuenta de que cada uno de vosotros tendrá en este momento sus propios sentimientos y expectativas, muy personales. Pero quiero daros un consejo a cada uno de vosotros, y me permito hacerlo por la experiencia que he madurado todos estos años, ¡de algo tendrá que servir ser más viejo! Es importante que hayáis decidido venir aquí, es importante que hayáis elegido estar, sea cual sea el estado de ánimo que tuvierais antes de venir o el que tengáis ahora estando aquí. Este es mi consejo: estad disponibles, disponibles para todo, verdaderamente para todo lo que se os proponga. No lo entenderéis todo enseguida, pero dejasos aferrar por lo que se os propone. Estáis aquí, no tenéis nada que perder. Recuerdo cuando, hace muchos años, yo estaba ahí, en vuestro lugar –un poco inseguro de estar en el lugar donde quería estar– y algún día, si Dios quiere, alguno de vosotros estará en el mío. Recordad estos días.

Como decía, para la mayor parte de vosotros, esta es la primera vez que participáis en un gesto como este. Por tanto, comprendo que estaréis llenos de curiosidad por lo que os espera. Es justo que sea así: la curiosidad es la condición más favorable para poder ver y escuchar lo que el corazón espera.

Por este motivo, os doy dos coordenadas sobre el planteamiento del gesto. Don Fabio –que veis aquí a mi lado– guiará todo el gesto, dando las lecciones que se nos propondrá meditar. Don Fabio es un sacerdote de la diócesis de Milán; siempre ha estado comprometido con la educación de los jóvenes, tanto en el colegio como en el oratorio; era muy amigo de don Giorgio Pontiggia, un sacerdote muy unido a don Giussani, que guio GS durante muchísimos años y fue rector del Sacro Cuore de Milán. Don Fabio tiene una gran experiencia en el movimiento y es una ayuda muy importante para nosotros. Tendréis también un momento de asamblea y el gesto del Via Crucis. Junto a don Fabio, este Triduo estará guiado por Matteo Severgnini, que muchos conocéis como Seve (si lo llamáis Matteo no sé si se girará...) y Francesco Barberis. Seve pertenece a los *Memores Domini*, ha estado 10 años en Uganda, donde dirigía con nuestra amiga Rose una escuela en Kampala dedicada a don Luigi Giussani. Le he pedido el sacrificio de volver a Italia justamente para ayudarnos a guiar la experiencia de GS y del CLE. Francesco, al que ya conocéis muchos y no necesita presentación, os dará todas las indicaciones sobre el gesto ya desde esta noche al término de la introducción.

Ahora, antes de dar la palabra a don Fabio, quiero compartir lo que yo llevo en mi corazón al empezar este camino juntos. Y empiezo con una pregunta que os dirijo a vosotros y también a mí mismo.

¿Sabéis lo que estáis haciendo? ¿Os lo ha dicho el que os ha invitado? Os reunís en este Triduo que precede a la Pascua para meditar y revivir juntos la pasión y resurrección de Jesús. Quizás alguna vez



os habéis preguntado qué tienen que ver esos hechos que sucedieron hace dos mil años con vuestra vida ahora. ¿Es un simple recuerdo devoto o es algo más que eso? ¿Quién es Jesús? ¿Y qué tiene que ver con vosotros y con vuestra vida? Don Fabio os ayudará a responder a esta pregunta. Yo me permito haceros pensar sobre algo que a veces se olvida, y cuando se olvida hace que esta historia parezca muy distante y abstracta, casi como un cuento, mientras que todo resulta muy verdadero cuando las cosas se ven de cerca, concretamente. Este es el mayor regalo que nos hizo don Gius, junto con nuestra amistad. Así que os voy a desvelar un pequeño secreto, que en realidad no tiene nada de secreto porque –tal vez sin saberlo– es el motivo por el que estáis aquí hoy. Este secreto se llama *fe*. El vínculo que une todos los hechos que sucedieron hace dos mil años con vuestra vida diaria se llama *fe*. Muchas veces habréis oído decir que la *fe* es un don (algunos la llaman gracia), y es verdad.

¿Pero qué tipo de don es? ¿Don de qué?

Don Giussani nos enseñó que *la fe es un método de conocimiento*: un método particular, podríamos decir indirecto, en el sentido de que para conocer el objeto de la *fe* hace falta una mediación, la mediación de un testigo. Por eso se habla entre nosotros de la importancia del *testimonio*, porque si no se pudieran encontrar estos testigos, la *fe* moriría con aquel que la recibiera. La *fe* es un don: es un don porque ninguno de nosotros ha hecho nada para merecer recibir el anuncio que nos ha llevado a este conocimiento nuevo y que no todos han recibido. Ha sucedido sin más. Algunos de vosotros la habéis recibido de vuestros padres, otros tal vez la han encontrado a través de un profesor o algún amigo. En el fondo, este es el motivo contingente por el que habéis venido aquí. Pero, como suele pasar, cuando se recibe un don inmerecido, también nos hacemos responsables. Si hemos sido preferidos de una forma tan inmerecida es porque Aquel que, a través de estos testigos, nos ha preferido quiere que colaboremos en Su obra, que nosotros también seamos *testigos*, de lo contrario sería una injusticia respecto a aquellos que no hayan recibido este privilegio.

¿Pero de qué anuncio estamos hablando? ¿De qué se trata? ¿Y cómo nos ha alcanzado?

Es una larga historia, pero la parte de la historia que más nos afecta en este momento empieza cuando dos pescadores que tenían su barca cerca de Cafarnaún, junto al gran lago de Tiberíades, en la antigua Galilea romana, empezaron a pasar parte de su tiempo libre escuchando las diatribas de un hombre con un gran carisma que iba vestido con harapos. Aquel hombre en el desierto, a orillas del río Jordán, anunciaba la llegada de un mundo nuevo. Lo llamaban Juan el Bautista. Uno de estos dos, que también se llamaba Juan –uno de los hijos de Zebedeo– tenía quince años, como si fuera de uno de vosotros; mientras que el otro, más anciano, se llamaba Andrés, hijo de Jonás, y era hermano del jefe de la flota, Simón. Aquel día, Juan y Andrés se encontraban en Betania, al otro lado del río Jordán, y al darse cuenta de que el Bautista señalaba a un hombre un poco más joven que él, le oyeron decir: «Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Este es aquel de quien yo dije: “Tras de mí viene un hombre que está por delante de mí, porque existía antes que yo”. Yo no lo conocía, pero he salido a bautizar con agua, para que sea manifestado a Israel» (Jn 1, 29-31). Estaban acostumbrados a oírle decir cosas extrañas pero aquella vez, con esas palabras tan absurdas, superó cualquier rareza. ¿Sería posible que aquel hombre joven, aparentemente tan parecido a cualquier otro hombre, fuera justamente aquel que todos esperaban, del que hablaban las escrituras y que habría de venir a salvar al pueblo de Israel de la esclavitud que lo oprimía desde siempre? Decidieron que valía la pena intentar seguirlo y, al darle alcance, le preguntaron de dónde era. La respuesta que les dio aquel hombre, un nazareno llamado Jesús, estableció *el método del anuncio cristiano* que recorrería todos los tiempos, el mismo anuncio que hoy nos llega a nosotros: «Venid y veréis» (Jn 1, 39). Lo que vieron cuando le siguieron hasta su casa debió suponer algo verdaderamente excepcional porque fue el inicio de un mundo nuevo, el anuncio de aquel hecho llegaría con los siglos a los extremos confines



de la Tierra. Así fue como Andrés se lo dijo a su hermano, Simón, que después de conocerlo también empezó a seguirle. Después aquel Hombre eligió a otros, y fueron doce. Los doce estaban siempre con Él, lo seguían, lo escuchaban, le veían hacer cosas extraordinarias, ¡milagros! Los ciegos recuperaban la vista, los cojos volvían a caminar, los demonios eran expulsados... ¡hasta los muertos resucitaban! Estando con Él, detrás de Él, también se daban cuenta de que entre ellos estaba naciendo una amistad imposible. Algunos de ellos ya se conocían de antes (los pescadores de Simón Pedro, por ejemplo); sin embargo, desde que empezaron a estar con aquel hombre, cuando salían en la barca se trataban de manera distinta, como se trataban cuando estaban con Él. Otros, en cambio, antes se odiaban. Por ejemplo Mateo, el recaudador de los romanos, siempre había sido considerado por los demás como la peste, antes de juntarse todos con Jesús. Algo había cambiado en ellos y ya nunca volvería a ser lo mismo. Empezaban a darse cuenta. Eran pobres, pero no cambiarían lo que habían encontrado por todo el oro de Herodes ni por todo el poder del César: porque se reconocían más verdaderos, más humanos, más amigos, y eso les hacía más ricos y poderosos que Herodes y César. Ahora se querían: no sabían explicárselo ni a sí mismos, pero se querían, ¡darían la vida los unos por los otros! *El acontecimiento de Su presencia* empezaba a traducirse en *el acontecimiento de una amistad* con Él y entre ellos, una amistad por el destino, porque el Destino estaba con ellos, en su compañía. Así fue como esta amistad empezó a dilatarse, por contagio, y fueron 100, luego 200, después mil... pero en un momento dado llegó la hora de seguir adelante ya sin Su presencia física entre ellos. Sus enemigos lo apresaron y lo condenaron, lo crucificaron en la cima de un lugar llamado la Calavera. A los ojos del mundo todo podría parecer un engaño, una burla, una gran mentira. Pero ellos, los Suyos, recordaban que Él les había dicho que permanecería para siempre con ellos. Aquella noche –que esta noche también recordaremos en la misa– le preguntaron cómo sería posible, puesto que después de lo que habían visto ya no podían conformarse con palabras, hasta tal punto que decían que si Él no se hubiera quedado con ellos, todo se habría acabado. Entonces Él tuvo esa genialidad, como le sucedía continuamente, y les dijo que vincularía Su permanencia definitiva, Su permanencia eterna, a su *Comunión*. «En verdad os digo que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, se lo dará mi Padre que está en los cielos. Porque donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos». El signo eficaz de esto sería el pan partido en su mesa, allí iba a estar presente Él mismo físicamente: «Esto es mi cuerpo, [...] haced esto en memoria mía» (Lc 22, 19).

Estos miles partieron y fueron por todo el mundo, anunciando lo que habían visto y llevando a todas partes esta manera distinta y más humana, más llena de esperanza y de vida, de hacer las cosas que hacían todos. Y muchos quedaron cautivados. Llegaron así a Roma, la capital del imperio que ocupaba todo el mundo conocido. Roma, el centro del poder. Pero *el poder no ama la libertad*, y entonces fueron perseguidos, más aún de lo que lo hubieron sido por los fariseos en su patria. Por lo demás, seguía tratándose del poder. Pero esta vez el poder era más feroz. El cristianismo se presentaba como un sujeto con una libertad nueva, indomable, irreductible a cualquier poder de este mundo. Y el poder decidió que era demasiado peligroso tener una libertad así. Había que exterminarlos, había que eliminarlos para siempre de la faz de la Tierra. Tomaron a los cristianos como alimento para las bestias en el Coliseo y tuvieron que esconderse durante un tiempo en las catacumbas. Algunos eran capturados y sufrían el *martirio*. En lugar de chillar como los demás prisioneros de los pueblos sometidos, como los criminales y malhechores que eran apresados, los cristianos cantaban, ofrecían alegres su vida como sacrificio por amor a su Señor, identificados con Su propio sacrificio en la cruz. Los que les veían morir así quedaban profundamente impresionados y muchos se convertían. A veces, algunos no tenían coraje suficiente y cedían a la apostasía de la fe para salvar su vida. Entonces renegaban de su fe, pero qué queréis que hicieran, cómo culparlos... ¡intentad imaginar lo que suponía



ser devorados por los leones y clavados a una cruz con las piernas rotas! Quiero decir: la humanidad tiene sus fragilidades. Pero la apostarìa era considerada por los cristianos como la inmoralidad más grave porque, aparte de traicionar al Señor, a menudo acababan denunciando a sus hermanos, que entonces eran capturados, apresados y asesinados. Pero la Iglesia ya era un solo cuerpo y era tal la conciencia que ya tenían los primeros cristianos de ser un solo cuerpo que cuando uno de ellos traicionaba, la terrible mancha del pecado era lavada con la sangre de sus hermanos mártires. Por otra parte, el Señor había hecho lo mismo subiendo a la cruz por nosotros. Es algo así como si vosotros al terminar de comer en un restaurante de lujo os dierais cuenta de que no tenéis dinero y cuando se lo decís avergonzados al dueño, este os dijera: «¿Veis al hombre de aquella mesa? Ya lo ha pagado todo él... ¡qué alivio, qué gratitud!». Amigos míos, lo que ha sucedido es mucho más que esto: el rescate de nuestra salvación respecto del pecado que nos aflige desde el principio de los tiempos ha tenido un precio, y ese precio se ha pagado con la sangre inocente del Cordero de Dios.

En definitiva, *una humanidad nueva* se extendió por el mundo, una humanidad nunca vista. ¡No me lo estoy inventando, es historia! Remite a un anónimo de la segunda mitad del siglo II, una carta escrita en griego a Diogneto, probablemente uno de los preceptores del emperador Marco Aurelio: «Los cristianos no se distinguen de los demás hombres, ni por el lugar en que viven, ni por su lenguaje, ni por sus costumbres. Ellos, en efecto, no tienen ciudades propias, ni utilizan un hablar insólito, ni llevan un género de vida distinto. Su sistema doctrinal no ha sido inventado gracias al talento y especulación de hombres estudiosos, ni profesan, como otros, una enseñanza basada en autoridad de hombres. Viven en ciudades griegas y bárbaras, según les cupo en suerte, siguen las costumbres de los habitantes del país, tanto en el vestir como en todo su estilo de vida y, sin embargo, dan muestras de un tenor de vida admirable y, a juicio de todos, increíble. [...] Viven en la carne, pero no según la carne. Viven en la tierra, pero su ciudadanía está en el Cielo. Obedecen las leyes establecidas, y con su modo de vivir superan estas leyes. Aman a todos, y todos los persiguen. Se los condena sin conocerlos. Se les da muerte, y con ello reciben la vida. Son pobres, y enriquecen a muchos; carecen de todo, y abundan en todo. Sufren la deshonra, y ello les sirve de gloria; sufren detrimento en su fama, y ello atestigua su justicia. Son maldecidos, y bendicen; son tratados con ignominia, y ellos, a cambio, devuelven honor. Hacen el bien, y son castigados como malhechores; y, al ser castigados a muerte, se alegran como si se les diera la vida. Los judíos los combaten como a extraños y los gentiles los persiguen, y, sin embargo, los mismos que los aborrecen no saben explicar el motivo de su enemistad. Para decirlo en pocas palabras: los cristianos son en el mundo lo que el alma es en el cuerpo» (*Carta a Diogneto*, Cap. 5).

Los imperios acabaron y los mundos pasaron, pero esta gente nueva devolvió la vida a Europa, que tras la caída del sueño de Roma se estaba deshaciendo, los monjes hicieron surgir un mundo nuevo en nombre de Dios. Pensad en toda la cultura europea, las catedrales que vais a visitar, el arte, la literatura, la historia que estudiáis... y pensad en los santos de nuestros días, la madre Teresa, el papa Wojtyła, y chavales como vosotros, como el beato Carlo Acutis, sepultado en Asís junto a san Francisco: una historia de amor y de caridad sin límites... ¡fijaos de qué manera aquel hecho que sucedió por los polvorientos senderos de un lugar insignificante en el mapamundi hace dos mil años ha determinado la suerte del tiempo y del espacio! ¿Qué habría sido de la humanidad sin aquel hecho? ¿Qué habría pasado si no hubiera sucedido? ¡Pero ha sucedido!

Este anuncio ha atravesado los océanos, llegando hasta todos los rincones de la Tierra adonde llegó el hombre occidental. Entonces no eran solo los occidentales los que conocían la vida nueva donada por Cristo, como aquella mujer en el pozo de Samaria, que experimentó que el Hijo de Dios no solo



FRATERNITÀ DI
COMUNIONE E LIBERAZIONE

había venido para los judíos, sino para todos. Podéis leer en la revista *Huellas* de abril el testimonio de nuestra amiga Ingrid de Guatemala, la única del movimiento en su país, pero vive todo menos sola gracias a la amistad que tiene con nosotros: pobre y sin dinero para ir al encuentro con el Papa en Roma, pero llena de vida se dirige así a Jesús: «Yo no tengo nada, solo a Ti, oh Cristo. Pensaba en don Giussani y cómo me han alcanzado su testimonio y su sed infinita de Cristo para contagiarme de este deseo constante de certeza de Cristo». O bien lo que dice Alejandro –nuestro amigo que vive en Cuba (¿os dais cuenta? ¡Algunos de los nuestros están en Cuba!)– que para poder ir a Sao Paulo para participar en el encuentro de los responsables de América Latina tuvo que permanecer 22 horas encerrado en una sala minúscula en el aeropuerto de Ciudad de México en observación debido a las restricciones en su país: «Podemos vivir porque Su compañía nos redime de la atrocidad gracias al brillo de ciertos rostros. Y hace posible un entusiasmo por nuestro país, cuando todos se van. Vivimos un dolor presente, pero en el fondo hay una alegría que compartimos con nuestros amigos».

Hoy, ese mismo anuncio llega hasta vosotros. A vosotros, que hasta hace veinte minutos no pensabais en todo esto. Hoy nos encontramos en el último terminal de esta historia extraordinaria, una historia de santos y de mártires, *la historia de la salvación*. Pues bien, nosotros pertenecemos a esta historia, somos de la misma cepa. Igual que los dos primeros, y después todos los demás hasta llegar a nosotros aquí: *hemos sido elegidos*. Esta gran amistad que ha atravesado la historia ha llegado a ser nuestra amistad aquí y ahora. Sobre esta sólida roca se funda nuestra fe.

¡Buen Triduo!

Davide Prosperi
Presidente

Davide Prosperi